

LA AFLICCIÓN: ESCUELA DE CONSUELO
(Sexagésima)

Dios nos consuela en toda tribulación, para que nosotros podamos consolar a los que están en cualquier tribulación, con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios (1 Cor 1,4)

Si hay un aspecto de la personalidad de San Pablo que le caracterizó más que otros, y que se revela en todo lo que dijo e hizo, fue su poder de compasión para con sus hermanos, más aún, para con toda clase de hombres. Sufrió pruebas de toda clase, que, como resultado, le permitieron penetrar en los sentimientos y en los corazones de gente encumbrada y humilde, judíos y gentiles. Supo cómo persuadir, porque sabía dónde reside la perplejidad, y supo cómo consolar, porque conocía las penas. Su espíritu interior era como el delicado instrumento que al variar el tiempo o estar la atmósfera húmeda o seca, cálida o fría, indica con precisión todos sus cambios, y le guiaba acerca de lo que debía hacer. Así dice: “Me he hecho judío con los judíos para ganar a los judíos, y con los que están bajo la Ley, aún sin estarlo, para ganar a los que están bajo ella. Con los que están sin ley, como quien está sin ley para ganar a los que están sin ley...Me he hecho débil con los débiles para ganar a los débiles. Me he hecho todo para todos, para salvar a toda costa a algunos” (1 Cor 9,20-22). Y nuevamente, en otro lugar, después de haber enumerado sus diversas aflicciones, por mar y por tierra, en el inhóspito desierto y en la prisión sofocante, causadas por amigos y por enemigos, agrega: “¿Quién desfallece sin que yo desfallezca? ¿Quién sufre escándalo sin que yo arda? Si hay que gloriarse, me gloriaré en mi flaqueza” (2 Cor 11, 29-30). Por eso, en los Hechos de los Apóstoles, cuando vio llorar a sus hermanos, aunque no podían apartarlo de su propósito que venía de Dios, sin embargo no pudo evitar exclamar: “¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Yo estoy dispuesto no sólo a ser atado sino a morir en Jerusalén, por el nombre del Señor Jesús” (Hech 21,13). Y aún de sus propios compatriotas que le perseguían habla en los términos más afectuosos y delicados, como conociendo bien cuál era la situación de ellos y la opinión que tenían del Evangelio. “Siento una gran tristeza y un dolor incesante en el corazón; pues desearía ser yo mismo separado de Cristo, por mis hermanos, los de mi raza”. “Hermanos, el anhelo de mi corazón y mi oración a Dios a favor de ellos es que se salven. Pues *testifico en su favor* de que tienen celo de Dios, pero no conforme a un pleno conocimiento” (Rom 9, 2-3; 10, 1-2). Y por eso era tan poderoso su lenguaje con ellos dondequiera, para que no fuesen reprobados, que aún el Rey Agripa, después de oír unas pocas palabras de la propia historia de San Pablo, exclamó: “Por poco me persuades a hacerme cristiano” (Hech 26,28). Y lo que era persuadiendo, eso era consolando. El mismo da esta razón de sus propias aflicciones en el texto, hablando del consuelo que recibía de Dios Todopoderoso en toda su tribulación, para poder consolar a los que estaban en alguna aflicción con el consuelo con el que él mismo era consolado por Dios.

Tal era el gran Apóstol San Pablo, el Apóstol de la gracia, a quien honramos especialmente en la primera parte del año. En esta época conmemoramos su

conversión¹, y prestamos más atención que la habitual a sus Cartas. Y en el domingo de Sexagésima casi tenemos otra Fiesta en su memoria, pues la lectura del día habla expresamente de sus aflicciones. Al haber sido golpeado, azotado, perseguido de aquí para allá, encarcelado, náufrago, y el más miserable de los hombres en esta vida, pudo comprender cuán pobre cosa es la vida mortal y aprender a contemplar y a describir adecuadamente las glorias de la vida inmortal.

Nos dice en alguna parte que “la experiencia produce esperanza”, esa gracia que tiende más que las otras a consolar y aliviar las penas. De modo similar, nuestro Señor dice a San Pedro: “Simón, Simón, mira que Satanás ha solicitado el poder zarandearos como se hace con el trigo. Pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca. Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos” (Lc 22,31-32). Más aún, la misma ley fue cumplida no solamente en el caso de los siervos de Cristo, sino que El mismo, “que conocía los corazones”, por un inefable misterio, condescendió a aprender a fortalecer al hombre experimentando sus debilidades. “Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para que, en lo que toca a Dios, fuese un Sumo Sacerdote misericordioso y fiel para expiar los pecados del pueblo, pues, en las mismas cosas que El padeció siendo tentado, puede ayudar a los que se ven probados”. “No tenemos un Sumo Sacerdote que sea incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado” (Heb 3, 17-18; 4, 15).

Si tal es uno de los principales beneficios de la prueba dolorosa, de cualquier clase que sea, no es inapropiado extenderse en su consideración. El hombre nace para sufrir “como las chispas vuelan para arriba”. Todos tenemos, más o menos, pruebas duras de dolor y de pena. Si seguimos por algunos años en el mundo bajo la luz del sol, las aflicciones serán más pesadas cuando lleguen. Al menos, esa es la ley general. Tarde o temprano nos pasa como a los otros hombres, más felices que ellos sólo si aprendemos a llevar nuestra parte más religiosamente, y más favorecidos si nos encontramos con aquellos que han sufrido y pueden ayudarnos con su compasión y su experiencia. Y entonces, mientras sacamos provecho de lo que pueden darnos, podemos aprender de ellos a dar libremente lo que libremente hemos recibido, consolando a su vez a otros con el consuelo que nuestros hermanos nos ha dado desde Dios.

Ahora bien, hablando de los beneficios de la prueba y el sufrimiento, no debemos nunca olvidar, por supuesto, que estas cosas no tienen por sí mismas ningún poder para hacernos más santos o más celestiales. Hacen a muchos hombres malhumorados, egoístas y envidiosos. La única compasión que crean en muchas mentes es el deseo de que los otros sufran con ellos, no de que ellos sufran con los otros. Cuando el amor está ausente, la aflicción lleva al hombre a desear que los otros estén como él, lleva a la queja, a la malevolencia, al odio, a gozarse en el mal. “¿Has flaqueado tú también como nosotros? ¿Has llegado a ser como nosotros?” dijeron los príncipes de las naciones al caído rey de Babilonia. Los tormentos propios de los demonios no los incitan a otro intento que no sea hacer demonios a otros. Tal es el efecto del dolor y de la pena cuando no se está santificado por la gracia salvadora de Dios. Y esto se muestra ampliamente en gran variedad de casos.

Todas las mortificaciones de la carne, como las que el Evangelio propone y San Pablo practicaba, vigiliias, ayunos y sometimiento del cuerpo, no tienden por sí mismas a hacer mejores a los hombres; a menudo los hace peores y con frecuencia parece haberlos dejado tales como eran antes. No son en sí mismas una prueba segura de santidad y fe verdaderas. Alguien puede ser muy austero en su vida, y por esa misma austeridad aprender a ser cruel con otros, sin compasión. Y, por otro lado, lo que parece

¹ En efecto, en nuestro calendario litúrgico, tanto como en el de la Iglesia anglicana y en la época de Newman, se celebra la Fiesta de la conversión de San Pablo el 25 de enero.

extraño, puede ser austero en sus hábitos personales y, sin embargo, un indeciso y un cobarde en su conducta. Estas cosas han existido, y no digo que sean probables en la situación actual de esta sociedad, pero se debe tener presente que la vida más dura y mortificada es un pasaporte tan pequeño para el cielo como lo es la benevolencia, la utilidad o la amabilidad. La auto-disciplina es una condición necesaria, pero no un signo cierto, de santidad. Puede dejar a un hombre en su mundaneidad o hacer de él un tirano. Solamente en manos de Dios es instrumento de Dios. Sólo sirve a los fines divinos cuando Dios hace uso de él. Solamente cuando la gracia está en el corazón, cuando el poder de lo alto habita en un hombre, todas las cosas externas e internas se dirigen a su salvación. La persecución, el hambre o la espada, tanto llevan el alma a Cristo como pueden separarla de El. Solamente El puede obrar a través de todas las cosas. Puede hacer de las piedras pan. Puede alimentarnos con “cada palabra que sale de Su boca”. Podría, si quisiera, hacernos tranquilos, resignados, bondadosos y compasivos, sin aflicciones, pero es Su voluntad hacerlo ordinariamente por medio de las pruebas. Incluso El, cuando vino a la tierra, condescendió a aprender por la experiencia, y lo que El mismo hizo, eso quiere que hagan Sus hermanos.

Mientras que la aflicción no nos hace necesariamente benévolos y amables, más aún, puede ser que nos haga duros y crueles, la falta de aflicción no mejora las cosas. A veces miramos con gusto a los que nunca han tenido aflicciones. Nos interesa mirar favorablemente un rostro franco y sin arrugas, y nuestros corazones se estremecen ante la risa pronta o la mirada penetrante. Hay un optimismo y frescura de pensamiento en aquellos que nunca han sufrido que, aunque es hermoso, es apenas apropiado y digno de confianza, quizás, en un hombre pecador. Le corresponde al Ángel, a las personas muy jóvenes y a los niños, que nunca han sido entregados a sus tres grandes enemigos². No me arriesgaré a negar que existen aquellos cuyas vestimentas blancas y coronas inmarcesibles muestran que tienen derecho de alegrarse siempre, hasta que Dios los lleve. Pero este no es el caso de la mayoría, a quienes la tierra ensucia y que pierden el derecho a estar alegres. En ellos la alegría de espíritu degenera en rudeza, falta de sentimiento, y desenfreno. Tal es el cambio, a medida que pasa el tiempo, y sus corazones se hacen menos puros e infantiles. El dolor y las penas son las medicinas casi necesarias para una naturaleza impulsiva. Sin ellas, los hombres, aunque sean hombres, son como niños consentidos, y actúan como si consideraran que todas las cosas deben ceder ante sus propios deseos y conveniencias. Se alegran por su juventud. Se hacen egoístas, y es difícil decir cuál egoísmo da más pena y desagrado, si el de los espíritus elevados o el de los abajados, si el egoísmo del que goza o el del que sufre, el del que vende salud o el del que languidece y se queja en la prueba. Es difícil decir qué consuelo será el peor, si tener corazones duros por sufrir, o duros por no haber sufrido nunca, si la desesperación cruel que goza en la miseria, o el orgullo cruel que es impaciente ante la misma. Por cierto, la crueldad del desesperado es más odiosa, porque se parece más al ejemplo de Satanás, que siente menos por los otros cuanto más sufre él mismo. Pero la crueldad del próspero y caprichoso es como los excesos de la tempestad o de las bestias animales, sin propósito, más bien sin pensar, pero quizás aún más aguda y molesta para aquellos que la contraen.

Tal es la felicidad mundana y la adversidad mundana, pero Dios Todopoderoso, mientras elige la última como la porción de Sus santos, la santifica con su gracia celestial para que sea el gran beneficio de ellos. Los rescata del egoísmo del consuelo mundano sin someterlos al egoísmo del dolor mundano. Los conduce al dolor para que puedan ser como fue Cristo y piensen en El, no en si mismos. Los introduce en la

² El demonio, el mundo, y la carne.

tribulación para que puedan estar cerca de El. Cuando se afligen están en Su presencia más íntimamente que en ningún otro momento. El dolor corporal, la ansiedad, la aflicción, la desgracia, son para ellos Sus precursores. Es algo solemne, y un privilegio, mirar a quienes El visita de este modo. ¿Por qué los hombres estarían miedosos y en silencio a la vista del espíritu de algún amigo muerto que llegara desde la tumba? ¿Por qué se humillarían y escucharían pasmados cualquier mensaje que les trajera? Porque él parecería venir de la misma presencia de Dios. Y de igual manera, cuando un hombre en quien habita Su gracia yace en el lecho del sufrimiento, o ha sido despojado de sus amigos y está solo, ha gustado de modo peculiar de los poderes del mundo venidero, y exhorta y consuela con autoridad. El que ha estado largo tiempo bajo la vara de Dios llega a ser posesión de Dios. Lleva señales en su cuerpo y es rociado con gotas que la naturaleza no podría proveerle. “Viene de Edom, de Bosra con vestidos teñidos de sangre” (Is 63,1), y es fácil ver con quién ha estado hablando. Parece decirnos con las palabras del profeta: “Yo soy el hombre que ha experimentado la aflicción bajo la vara de la ira de Dios. El me llevó y me hizo andar en tinieblas, y no en luz...Tendió su arco y me hizo blanco de sus saetas” (Lam 3,1-2.12) Y los que le ven, se reúnen en torno como los amigos de Job, sin decirle ni una palabra, pero con mayor reverencia que si lo hicieran, mirándole con temor pero con confianza, con simpatía pero con resignación, como alguien que está bajo la enseñanza y el entrenamiento de Dios para el trabajo de consolar a sus hermanos. Le buscarán cuando la aflicción venga sobre ellos mismos, apartándose de todo lo que les deleitaba en su prosperidad, de los grandes o los ricos, de los hombres de risas y canciones, de los chistosos e ingeniosos, de los hábiles y eruditos. Por un instinto natural, buscarán consuelo volviéndose hacia aquellos a quienes el Señor ha tratado hasta ahora con aflicciones similares. Ciertamente es una gran bendición y causa de glorificación ser consagrado así, por la aflicción, como ministro de las misericordias de Dios para con los afligidos.

Pensamientos como estos pueden ser considerados con humildad por cada uno de nosotros, cuando entramos en algún dolor o aflicción ordinaria. Sin duda, si pensamos debidamente, estaremos poco dispuestos a darnos títulos de honor. Seremos tardos en creer que somos especialmente amados por Cristo. Pero al menos tendremos la bendita certeza de que fuimos hechos instrumentos para la consolación de otros. Sin ninguna impaciencia por establecer absolutamente nada acerca de nuestro estado real a los ojos de Dios, y qué pasará con nosotros el último día, podemos, al menos, creer que somos en el presente evidentemente bendecidos al estar subordinados a los propósitos misericordiosos de Dios para con los demás, lavando los pies de los discípulos y derramando aceite y vino en sus heridas. De este modo, nos diremos: “hasta aquí hemos llegado, misericordioso Salvador”, no por estar seguros nuestra salvación sino de nuestra utilidad. Hasta aquí sabemos, con suficiente seguridad para hombres pecadores, que se nos permite promover la gloria de quien murió por nosotros. Enseñados por nuestros propio dolor, nuestra propia pena, más aún, por nuestro propio pecados, tendremos corazones y mentes ejercitados para cada servicio de amor hacia aquellos que lo necesitan. Somos, en nuestra medida, consoladores según la imagen del Paráclito Todopoderoso, en todo el sentido de la palabra: abogados, asistentes, auxilios que alivian. Nuestras palabras y consejos, nuestro mismo modo, nuestra voz y nuestra mirada, serán bondadosas y tranquilizadoras, como las de quienes han cargado su cruz detrás de Cristo. No pasaremos descortésmente de largo al encontrar a Sus pequeños, como hace el mundo. La voz de la viuda y del huérfano, del pobre y del desamparado, llegará a nuestros oídos de inmediato, por muy bajo que hablen. Nuestros corazones estarán abiertos hacia ellos, nuestra palabra y nuestra acción los favorecerá. Las groseras pasiones de la naturaleza del hombre, el orgullo y la ira, la envidia y la

disensión, que tanto desorden causan en la Iglesia, serán reprimidas y sometidas en los otros por la seriedad y la bondad de nuestras admoniciones.

Por eso, en vez de ser las creaturas egoístas que éramos por naturaleza, la gracia, actuando a través del sufrimiento, tiende a hacernos maestros dispuestos y testigos de la Verdad para todos los hombres. Hubo un tiempo en que, aún en los momentos más necesarios, encontrábamos difícil hablar del cielo a otros. Nuestra boca parecía cerrada, aún cuando nuestro corazón estaba lleno. Pero ahora, nuestra aflicción es elocuente, y “de la abundancia del corazón habla la boca” (Mt 12,34). Bendita porción que así es instruida en los más dulces y suaves compases de la Verdad evangélica, y se suman a los peregrinos y residentes sobre la faz de la tierra, con voces de victoria, cantando hasta donde es posible cantar en este mundo, el cántico de Moisés el siervo de Dios, y el cántico del Cordero (Ap 15,3), separados de los lazos de la tierra por las pruebas que hemos soportado, sin padre, sin madre, sin lugar permanente, como aquel patriarca del que habla San Pablo³, y, como él, llevando pan y vino para refrescar a los fatigados soldados del Dios Altísimo. Así fue también el santo Bautista, el precursor de nuestro Señor, hombre austero, apartado de sus hermanos, viviendo en el desierto, alimentándose de modo acerbo, pero abandonando de tal modo la dureza con aquellos que sinceramente buscaban al Señor, que su prédica fue casi descrita en profecía como el verdadero lenguaje de la consolación, “Consolad, sí, consolad a Mi pueblo...hablad consoladoramente a Jerusalén” (Is 40,1-2).

Así fue el elevado espíritu de nuestro Señor y Sus Apóstoles, y por esa razón impreso en la Iglesia de Cristo. Tenemos que dar gracias a Dios porque, a pesar de que la Iglesia ha atravesado por debilidades diversas desde que fue establecida, nunca ha olvidado esta gran verdad: que todos debemos “cargar con nuestra cruz cada día” (Lc 9,23), y que “a través de muchas tribulaciones se entra en el reino de Dios”. Nunca ha olvidado que fue reservada para consolar a los afligidos, y que para consolar bien debemos primero ser afligidos nosotros mismos. San Pablo fue consagrado por el sufrimiento de ser un Apóstol de Cristo, por los ayunos, los castigos, la mortificación por causa de sus hermanos, el desamparo, la vida solitaria, y se llenó día a día de esos intervalos de respiro que la furia de sus perseguidores permitía. Y así también la Iglesia Católica, como él, no olvidó nunca que la comodidad era un pecado, favorecido cuando estuviera en paz con los enemigos externos. Aún cuando las riquezas y los honores fluyeron sobre ella, siempre proclamó que la aflicción era su parte apropiada. Era conciente de que no podía realizar el oficio de consoladora si gozaba de este mundo, y aunque sus ramas separadas⁴ hayan olvidado por momentos esta verdad, sin embargo permanece y es transmitida de edad en edad. Y aunque haya tenido muchos hijos falsos, aún ellos han sido frecuentemente obligados a profesar lo que no practicaban. Ciertamente son cosas extrañas para los hombres de mundo que están empeñados en gratificarse a sí mismos, y piensan que han ganado y tienen causa justa para congratularse, cuando han descubierto el modo de salvarse de la aflicción, y de acrecentar sus lujos y conveniencias. Pero los que están establecidos en su propia comodidad, ciertamente, son malos consoladores de otros, como el hombre rico que lo pasaba suntuosamente cada día, permitiendo que Lázaro yaciera a su puerta, y dejándole que fuese “confortado” después de esta vida por los Ángeles. Así como el consuelo de

³ Melquisedec (Gen 14,18; Heb 7, 1-3)

⁴ La expresión “ramas” proviene de la llamada “teoría de las ramas”, enseñada por Hooker, teólogo anglicano del siglo XVI, y sostenida por Newman en esta época. Se refería a la Iglesia Romana, Ortodoxa y Anglicana, como tres ramas iguales de la Iglesia Católica original. Más tarde, y años antes de su conversión, Newman abandonó esta idea.

los pobres y afligidos es el camino al cielo, tener aflicciones nosotros es el camino para consolarlos a ellos.

Finalmente, recordemos siempre con ansia que la aflicción se nos envía también para nuestro propio bien personal. Temamos, para que no suceda que después de haber servido a otros, nosotros mismos seamos desamparados. Para que no suceda que nuestra bondad, consideración y paciencia, tan tranquilizadoras para ellos, puedan separarse de la fe interior y de la estricta conciencia que solamente nos une a Cristo. Para que no suceda que a pesar de todo el bien que hacemos a los demás, pudiéramos tener dentro nuestro algún pecado secreto, algún mal no resistido, que nos separa de El. Oremos a Aquel que nos manda la aflicción, que nos mande un corazón puro y un espíritu honesto para sobrellevarla.